

El nombre que elegimos —*Contemporáneos*— no tenía nada de doctrinario. En efecto, la unidad de nuestro pequeño grupo no obedecía tanto a la disciplina de una capilla cuanto a una simple coincidencia en el tiempo: a eso que algunos llaman la complicidad de una generación.

Jaime Torres Bodet, *Tiempo de arena*

¿Historia literaria? Sí, pero también y sobre todo, crónica íntima de una generación. Tiempo detenido, recobrado en la brevedad de una carta, en la instantánea de la nota que retrata el momento; la otra mitad que completa la imagen del escritor que se conoce.

Esto y más resulta el epistolario que aquí se hace público hoy. Si la intimidad queda hollada por la impertinencia, la historia de nuestras letras se enriquece y se facilita mayormente su comprensión.

La curiosidad distinguió a quienes las escribieron y decía *Marcial Rojas*, el "contemporáneo" corporeizado en el pseudónimo, que "la curiosidad del público es o debe ser mayor. Y hay un encanto especial en revelar la intimidad de un artista."

Villaurrutia, el destinatario de la mayoría de las cartas que se publican, buen discípulo de Gide, hallaba una utilidad, una fascinación en el hecho de dar a conocer cartas de escritores. Él mismo dio algunas para su publicación, como el diálogo epistolar que sostuvo con Alfonso Gutiérrez Hermosillo aparecido en *El Hijo Pródigo*; recuérdese igualmente que en *Contemporáneos* aparecieron "Diez cartas" de Jesús T. Acevedo.

A propósito de este último epistolario refería X. V. a Alfonso Reyes en una carta precisamente: "No estoy en desacuerdo con la manía erudita de publicar las cartas con los nombres de la persona a quien se dirigen y el lugar donde ésta reside, como tampoco estaría en desacuerdo con la manía de publicarlas sin datos, cuando las cartas no necesitan de ellos para sostenerse y vivir, ¿no publica así André Gide algunas de las suyas, sin decir a quién las dirige?"

Las cartas que en seguida aparecen son de, y acerca de los *Contemporáneos*, ese lúcido archipiélago de soledades cuya aparición en nuestro panorama literario mereció aun el repudio, ¿qué añadir en un momento en que el reconocimiento, la valoración justa de su obra y de su ejemplo indica que la atención está puesta sobre ellos?

Esta visión interior del grupo, si no está referida estrictamente a éste en todos los casos, permite atisbar por el hecho de estar representados todos sus integrantes, cada individualidad, cada soledad, cada diferencia, esto es, se da la visión de un grupo de particularidades, que es a fin de cuentas, como todos

han venido a definirlo, no obstante la oposición a considerarlo como una generación en toda forma.

Poco o ningún cambio ofrecen estas cartas con respecto a la imagen que dan las obras de cada uno. Hay, claro, el dato, la consideración que ayuda a precisar, a aclarar aspectos de esa producción, a entender su mecánica creadora, o las razones de una actitud esencialmente crítica; mas la elocuencia de los textos hace obvia una interpretación de los mismos o la suma de notas eruditas que quedan para la posible integración de un volumen epistolar, pues aquí apenas se ofrece una selección; hay que mencionar únicamente ciertos puntos necesarios.

En el caso de Salvador Novo si no se incluyen cartas por la imposibilidad de hallarlas, se ofrecen dos textos suyos fundamentales hasta ahora olvidados; el uno permite formarse una rápida y sucinta imagen del México literario de los veinte en el cual hizo su irrupción el grupo de *Contemporáneos*, escrito justamente entonces; el otro, corresponde a la lectura que hizo Novo en la primera función pública del *Teatro de Ulises*, aventura teatral renovadora que tanto significa en la obra de conjunto de *Contemporáneos*; ambos textos reúnen las virtudes que han singularizado a su autor, en especial poseen ese tono de diálogo, epistolar, que prefigura el tono definitivo de sus *Cartas a un amigo*.

Gorostiza, una de las figuras más silenciosas de nuestras letras, permite tener una imagen más clara y elocuente de él, al tiempo que en el fragmento incluido de una nota sobre Torres Bodet emite su juicio sobre el grupo al que perteneció, lo propio hace Villaurrutia en la carta que se ofrece. Estos enjuiciamientos e historia del grupo, por integrantes del mismo, se suman a los ya conocidos de Jorge Cuesta y de Torres Bodet.

Se reúne aquí, pues, una selección del aspecto privado de los *Contemporáneos*, una visión de ese conjunto de escritores dada por ellos mismos, ya hablando directamente de éste, ya por el sólo hecho de ser cada uno de ellos miembro de él. Ya no quedan relegadas más estas epístolas al archivo particular, ni las notas al cuidado de las hemerotecas, son ahora material de deliciosa lectura, elemento vital para satisfacer a la historia literaria, a la curiosidad y a la crítica.

México, enero de 1967

Miguel Capistrán

Bajo el rubro "México, Alfonso Reyes y los Contemporáneos" se ofrecerá en estas páginas, en mayo, una nueva selección epistolar. Agradezco a la señorita María Teresa Villaurrutia, al doctor Alfonso Reyes M. y a Alicia Reyes, las cartas con que se integra la selección de hoy y la siguiente.

Los "Contemporáneos" por sí mismos

Madrid, julio 12 de 1926*

Mi querido Xavier: Me ha gustado tanto que no se muestre enfadado conmigo que, apenas recibida su última carta (sin fecha ni expresión de lugar, aunque con diez elocuentes divisiones) me pongo inmediatamente a escribirle, es decir, a conversar con usted.

I

¡Que los tenga usted muy buenos! No como en Madrid, donde hace un calor que nos obligará dentro de breves días a salir de la ciudad. ¿Sitio de veraneo? En agosto, algún pequeño lugar de la costa de Galicia; en septiembre, haremos el mismo recorrido que el año pasado, desde la Coruña hasta Biarritz, regresando a Madrid por Roncesvalles. ¡Quién pudiera, de nuevo, ir a Italia! Un segundo paseo por Roma, Florencia, Venecia, Nápoles... Me enferma pensar lo difícil que me será volverlas a ver. ¡Ah! Todavía no he ido a París. Lo he dejado para lo último. Por cierto que, ahora que Carlos Pellicer está ahí, me encantaría hacer el viaje. Pero es más seguro que Carlos sea el que venga a España a pasar una temporada con nosotros.

II

Si usted se empeña, le mandaré los originales de su libro. Necesito, sin embargo, que me insista en su petición. Así como está, en pasta negra que probablemente fue recogida de alguno de los anaqueles de la Biblioteca de Salubridad, ha pasado por las manos de muchos escritores amigos nuestros; ha sido leído, comentado y... admirado. ¡Bueno! ¿Quiere decirme por qué no ha sido publicado por Loera? ¿A qué se debe la noticia de Bernardo? Ya me regocijaba ante la idea de verlo muy pronto ante mí, con su nuevo ropaje, rico y de buena presencia, yo que lo conocí pobre y desencuadrado. Todavía no pierdo la esperanza de que usted me proporcione esa buena alegría.

III

En cuanto a mi libro, a estas horas ya lo habrá leído y juzgado. Tengo cierto temor de habérselo enviado a su viejo domicilio. Por si acaso no lo ha recibido usted, ésta será la causa de su extravío. Avíseme a tiempo para mandarle otro, otros ejemplares. Los que usted quiera. Porque ha de saber que *Espacio* ha sido un gran éxito de librería... Tres ejemplares vendidos en Madrid en tres meses. Me sobran, pues, novecientos noventa y siete para los amigos.

IV

Muy pocos artículos de crítica, mi querido Xavier. Como en España no hay revistas propiamente literarias, las notas sobre libros se hacen en *El Sol*, en *Alfar*, en la *Revista de Occidente*. Tardan mucho en aparecer: dos, tres meses. La de *El Sol*, por Díez-Canedo, se la mando con esta carta. Tengo prometida la de *Alfar* para el próximo número. En la revista de Ortega no sé si se les ocurrirá escribir algo sobre mí. Desde luego, salvo Marichalar y Bergamín, no simpatizo con ellos. Es demasiada pedantería para tan pocas páginas.

* Fragmentos.

v

Cartas, en cambio, tengo muchas. Casi todas, críticas. Es curioso. Todos los escritores en España se creen obligados a responder de esta manera al envío de libros. Los encuentra uno en el café y le dicen: Recibí su libro. ¡Muy bien! Por ahí le mandaré una carta... Una inocente manía que da por resultado una gran cantidad de frases hechas y de elogios sin tasa, desde el "Muy querido y admirado poeta", hasta "Su amigo affino. q.l.b.l.m."

IX

Eugenio D'Ors, con el pseudónimo de "Un ingenio de esta corte", hace las notas sociales de *Blanco y Negro*. Ortega y Gasset escribe en su revista sobre las modas femeninas. Déjeme usted, querido Xavier, que dé rienda suelta, de vez en cuando, a este afán que todos tenemos de ser reporteros.

XIV

Ahora hago muchos versos; pero todavía no he escrito ninguno. No los vivo, los estoy matando poco a poco...

XVII

Que Salvador Novo se apresure a publicar *El joven*. Dentro de diez años sería tarde. Habría entrado en la edad madura...

y XVIII

Adiós, Xavier.

ENRIQUE [GONZÁLEZ ROJO]

París, el 20 de julio, 1926

A Villaurrutia, en México.

Xavier querido: recibí tu carta del siglo 13. Dante había sido expulsado ya de Florencia y por eso no puedo complacer tus deseos.—Sabes que he viajado mucho y te molesta que te hable de viajes, según tú mismo me dices. Así pues, *pas de voyages*.

Xavier, grande y chiquito Xavier, ¡París es horrible! Tal vez por eso, aquí, he venido a depurar una larga tristeza heredada desde el Principio de las Cosas. Hago una vida solitaria. Soy el último mutilado de las salas del Louvre que vigila la degollación diaria de la Victoria y la ortografía zoológica de los escribas egipcios. Casi todos los días voy una hora al Museo. Una vez por semana veo al admirable Alfonso. También él ha dicho ya que soy un ser frío. Y esto no te lo digo en son de reproche o de chisme. ¡Cuánto quiero a Alfonso! Pero soy un imbécil y torpe para manifestarme. Cuando lo soy, lo soy excesivo, y entonces... tampoco lo hago bien.

Es condición de ciertos árboles tropicales. Y lo que me pasa con Alfonso, me pasa con todos mis amigos, con todos. Pero esto no es más que una gota de la lluvia. Lo importante es la lluvia y el arco iris. Ya estoy contento. La antigua tristeza se ha ido afinando. Mi religiosidad cristiana ha empezado ya a serenarse. Mi bestialidad necesitó los más groseros materialismos para alcanzar ese comienzo de serenidad (viaje a Tierra



ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

por Maroto

Santa). Era justo que yo descansara un poco. He pasado mi juventud en un diario dolor por las penas de todos. Y no estoy enfermo: mi digestión es perfecta, duermo demasiado bien, y hasta soy un muchacho de suerte por lo que se refiere a varias cosas: viajar sin que me cueste, alguna comodidad personal, mis padres, mis amigos, cierto talento. Pero, en fin, se trata de la tragedia del cero que hasta que no haga cifra, no entra en juego...

No. No he sido un pedante ni un ser de actitudes, pero el dolor del mundo, en mi infinita pequeñez, lo he sentido con toda su fuerza de grandiosa mezquindad. La Guerra Europea no me mató de tristeza. Por entonces era yo demasiado joven. Esto, que puedes creer una puerilidad, tuvo para mí la importancia de toda catástrofe. Por eso el paisaje es lo que más amo: porque nada o casi nada tiene que ver con la humanidad. Sólo entonces se descansa inmensamente. Y entonces entra en juego el egotismo y en ese momento la alternativa es horrible: la soledad o la sociedad. Y la ambición está siempre erguida: el aislamiento para llegar a Dios. Lo otro, para la gloria histórica y la vanidad personal. O si no, el cero, el pobre cero, que gira eternamente en la parábola, siempre a la izquierda, siempre a la izquierda...

Como ves, he venido a París para pensar en todas estas cosas, y, claro, también en otras muchas, pero sobre todo en las otras. Descansar, ambicionar sin molestar a nadie ¡Si se pudiera! ¡Si yo lograra algo...!

Nuestro queridísimo Pepe Gorostiza me pregunta qué voy a ser en definitiva: aviador o poeta. Lo del aire está aplazado. Ahora, decididamente, voy a ser un poeta. Dentro de dos meses tendrán otro libro: *Hora y veinte*. Los mismos asuntos de siempre: el amor, los paisajes, don Simón mi padre, y, color, color, color! Claro: las cosas más *hechas* y dos cosas algo nuevas, (en mí, naturalmente...): la nostalgia de la luz, (París es horrible), y una respiración de lo religioso, franca y fuerte. La falta de luz me ha hecho sufrir infantilmente: como si me hubiesen quitado mi linterna mágica.

El libro se abre con unas "Variaciones sobre un tema de viaje" dedicada al gran Alfonso y a él dirigida (250 endecasílabos, en tercetos libres como los del Estadio). Es un fragmento logrado a pesar de lo que después se diga, es decir, se converse... Casi todo el libro está escrito en Europa (esta pobre Europa que se está acabando). (El Imperio de los E.E.U.U. es ya incontestable.)

Claro que es un libro escrito en verso. Claro que es un libro con altas puertas a la oratoria. Pero es claro, si yo soy así. Y además hay sonetos. Y además no hay sonetos. Y he tomado más depuradamente, y en lo que me conviene, de mis maestros de siempre, como el Greco en los talleres Venecianos. (Risas en las izquierdas. Los del centro aplauden.) Y si los tercetos (tres series hay en el libro), no están ligados, es porque la fecunda pereza del trópico me lo impide. (Risas en las derechas.) Porque mis versos van desnudos y sin zapatos, pero eso sí: ¡qué corbatas y qué plumajes insolentes! Naturalmente: no es que no sepa ligar los tercetos. *Chicuelo* no liga los pases naturales; pero cuando el niño se pone a torear con la izquierda, el universo se paraliza unos instantes. (Gritan las galerías. Las derechas abandonan el salón.)

En suma: un libro fuerte, viril, con tristeza, ingenio y elegancia. Lleno de referencias geográficas. (Ayer fue América, hoy es Europa.) Inhumano de color. (Para leerlo habrá que usar

espejuelos ahumados.) Se brilla, como decir, se duerme. El penúltimo poema es lo que más me gusta, pero está mal hecho. El soneto final es lo mejor que yo he escrito. Camino hacia la poesía mística y también a la poesía social. Quiero ser un gran poeta.

Preparo el *Quetzalcóatl*, vasta concepción religiosa planeada ya estamos un poco aburridos de nuestros tales "chistes"?), queológico y moderno. Tal vez en 1300 versos podré desarrollarla.

El ingenio lo mandaré un poquito al carajo. (¿Verdad que ya estamos un poco aburridos de nuestros tales "chistes"?). Claro que hay que hacerlos, pero no tan seguidos (¡oh envidiable y dulce y tristísimo José Gorostiza!). Es urgente clausurar el circo, siquiera por ocho días. El payaso quisiera ser agricultor. Y si pudiera ser arado...!

Escríbeme en grande y te contaré cosas preciosas. Tengo una hora de hablarte de mí. Perdóname. Mañana almorzaré con Alfonso. Vasconcelos llegará en estos días. Gracias por tu artículo y el de José sobre el maestro queridísimo. Gracias. Es domingo. Llueve como siempre. Quisiera estar contigo, hablarte.

El próximo domingo haré cartas para José y Jaime Torres Bodet. Abrázalo en mi nombre. Saludos para Pepe y Bernardo, Salvador y Roberto, Delfino y Carlos IV —Tres abrazos para mi tocayo Chávez. Le escribo.

CARLOS PELLICER

Sábado 1o. de octubre [¿1927?]

Xavier: Recibí su carta acerca de la *Antología*. El trabajo ha quedado distribuido en esta forma: *Notas* (Enrique, Jorge Cuesta y yo), *Nota preliminar*, usted. Es importante que se defina en ella el por qué de las omisiones y la razón de insertar mayor número de poemas de los jóvenes. Esto no con carácter de una defensa previa, ni como excusa anticipada sino por necesidad de definición. De Nervo no hemos puesto todos los poemas que Ud. me señalaba sino los siguientes: *Viejo estribillo*. *Evocación*. *El Buda de basalto*. *Pasas por el abismo de mis tristezas*. *Tan rubia es la niña que No le habléis de amor* y *En paz*. De Rebollo he descubierto un precioso soneto de *Caro Victrix*, más los poemas que Ud. ya conoce. Irá probablemente con 5 o 6 poemas en total, lo que me parece muy bien. Le mando un recorte de *El Sol* (devolutivo) sobre el lío de la *Gaceta vs. Martín Fierro*. La cosa se pone buena para una nota limpia en *El Curioso Impertinente*. Como Ud. habrá visto, el artículo de Jorge sobre Caso no ha aparecido en *Revista de Revistas*. Voy a hablar con Horta, a ver qué pasa. ¿Cómo se encuentra Ud.? Escríbame siempre que pueda.

JAIME [TORRES BODET]

Madrid, a 3 de agosto de 1930

Señor D. Xavier Villaurrutia.
México, D. F.

Mi querido Xavier: Al regresar a Madrid de mi viaje de vacaciones por Bélgica y por Holanda —¿no le aburrieron mis tarjetas de apresurado turista?— me encuentro con un verdadero regalo: dos cartas de amigos. Una suya. Otra de Bernar-



XAVIER VILLAURRUTIA

por Tamayo

do. Comienza a ser cierta la paradoja de que el mejor de todos los viajes es el que incita a un pronto regreso. Aprovechémosla, aprovechémosla inmediatamente para continuar la vieja y nueva conversación interrumpida. ¿En dónde comenzó?... ¿Fue una mañana, en el Departamento de Bibliotecas, frente a un ejemplar todavía fresco de las pobres *Canciones* que recitaría la inevitable Berta Singerman? Usted había salido de no sé ya que poema silvestre de Jammes —o de Albert Samain. Hablaba, en sus versos, de la ropa que se conserva en los arcones con el perfume de los membrillos maduros... No, pero no fue allí. ¿Sería entonces en el Departamento de Salubridad, bajo los ojos fríos y tutelares de Leonorcita? Usted parecía arrancado a una página cerebral y compacta de Jean Cocteau. Había también un libro reciente —suyo o mío— ¿*Reflejos* o *Biombo*?, dentro de cuyas páginas, como en una espuma muy tierna, sumergíamos deliciosamente las manos. Pero no. Tampoco fue en ese lugar. ¿Sería más bien en un despacho, en la Secretaría de la Escuela Preparatoria, el día en que un antiguo amigo —¿qué es ahora de él?— nos presentó? Como siempre, como en todas partes, nuestros recuerdos están unidos a un libro reciente —o en promesa— y a un escenario burocrático, anónimo, de taquígrafa, de cronómetro, de máquina de escribir. No es muy divertido comprobarlo, pero —no sé si por desgracia— así es.

Me habla usted en términos tan cordiales de mis últimas apariciones dentro del marco de ciertas revistas que no sé cómo elogiarle el hermoso poema que ha publicado en *Contemporáneos*, primeras páginas del No. 23. Temo que usted estime como una devolución lo que no es sino franco entusiasmo. Sus tres *nocturnos* me encantan, sobre todo, por lo que me dejan adivinar del mundo secreto, de poesía en auge, de fuga y sobreseimiento de la razón. No sé si esta palabra está aquí correctamente usada, pero la dejo, seguro de que ninguna otra me daría una eficacia más estricta en lo que pretendo decir.

Acaso sería necesario contarle aquí algunas de mis impresiones de viaje. Otro lo haría mejor que yo. La Enciclopedia Espasa, Eugenio Fromentin, Enrique González Rojo —todos los viajeros ilustres— estarían llenos, en mi caso, de observaciones sutiles. Yo necesito dejarle tiempo a la memoria para que me invente lo visto. Por lo pronto, no experimento sino la impresión de un vacío, el naufragio dentro de un vértigo al revés. Es decir, el regreso al orden, la nueva instalación en el mundo de todos los días.

Hace usted bien en pensar que las pausas que separan tan largamente sus cartas no tienen para mí el valor de un verdadero olvido. Sin embargo, no quisiera yo que lo pensara usted tan a menudo. Sus palabras me hacen mucha falta. Cuanto más sinceras, mejor. Y, si a la sinceridad, agrega usted la frecuencia...

Tengo que dejarle, al principio de esta enorme página en blanco, como se deja a un amigo al despedirse, en el primer peldaño de un mar que no se conoce. Pero mil "cuidados pequeños" me están llamando desde los 4 rincones de mi oficina. Volver al trabajo es casi tan laborioso como regresar súbitamente a la vigilia. Especialista en *Nocturnos*, usted sabe mejor que yo de estas cosas.

Un fuerte abrazo de su amigo

París, a 17 de agosto de 1933

Señor Don Xavier Villaurrutia.
México, D. F.

Querido Xavier:

Su carta, en la que me anuncia el nacimiento de una nueva editorial mexicana, de la que usted, Bernardo, Cuesta y Xavier Icaza serán los socios más importantes, me dio una sincera alegría. Hacía tiempo que no me llegaba de ustedes noticia más agradable. El silencio que guardan, sólo puntuado con frecuencia por la publicación de los libros de Novo, no puede ni debe prolongarse. La idea de fundar una sociedad editora con escritores me parece felicísima. Magnífica también, a mi juicio, la lista de obras en cartera. Permítanme solamente hacerles sentir que los libros de poesía no están en proporción conveniente con los de prosa. Habría que ir deslizándose, con cierto ritmo, un volumen en verso por cada dos de cuento o de ensayos. Lo contrario no sería tan sólo un error comercial, sino —en más de un sentido— una imprudencia crítica.

Bueno es afirmar que nuestra generación, como la generación española por otra parte, se salvarán sobre todo —si es que se salva— por la originalidad y la gracia de sus poetas. Pero, precisamente para dar a esas cualidades su real valor, hay que ceñir oportunamente el retrato de la poesía, tan evasivo, con un marco de sólida prosa. Usted, que la escribe de tan exquisita calidad cuando quiere, no podrá dejar de reconocerlo. Un relato suyo, una colección de ensayos breves, de *textos*; otros de Salvador y de Owen hacen falta en la lista de la editorial. José Gorostiza podría trazar muy bien, consultando sus memorias, un delicioso cuadro de adolescencia. ¿Por qué no convencerle de ello? De Bernardo, no digo nada. Por ahora, le veo menos dispuesto a dejar los cuarteles profundos de su poesía. Pero ¿y Jorge Cuesta?... Una literatura que no tiene sino poetas acabará, pronto o tarde, por no merecerlos. Vuelva usted los ojos a Francia, a Alemania, a Inglaterra. ¡Cuántos libros de prosa por un fragmento de poesía! No protestemos en nombre de una riqueza poética excepcional del nuevo Continente. La única poesía que dura es la que toda una tradición de buenos prosistas prepara.

Dejemos aquí este principio de una divagación que no acabaríamos y volvamos a su editorial. Gracias, ante todo, por no haberme olvidado al formar la lista de sus autores. ¡Estoy tan poco acostumbrado a que me recuerden! De no haber concertado ya con Espasa-Calpe la publicación de mi nuevo libro —*Estrella de día*— hubiera tenido un especial placer en enviarle mi manuscrito. La idea de reunir en volumen los relatos aparecidos en la *Revista de Occidente* me sedujo de pronto. Los he releído y creo que sería mejor completar la pequeña galería mitológica iniciada con mi *Nacimiento de Venus*. ¿Lo conoce usted? Si juzga plausible el proyecto, comuníquemelo con tiempo. Me pondría a escribir en seguida una *Ceres* y un *Hércules* que hace meses tengo pensados.

Y nada más. Poco hay bueno en lo nuevo de las letras francesas actuales. ¿Se asomó usted ya al *Voyage au bout de la nuit* de Céline? ¿Qué le parece? Si no lo ha leído, dígamelo. Tendré mucho gusto en mandárselo. Aquí están haciendo mucho ruido editorial en torno al último Malraux —*La Condition Humaine*— y al último Chateaubriand: *La réponse du Seigneur*. Ayer murió el Abate Bremond. ¡Cuántas flores retóricas sobre su tumba!



CARLOS PELLICER

por Maroto

Intercale menos silencios entre sus cartas. Abrevie los que intercale. Y sepa con qué invariable afecto le recuerda y estima su amigo,

JAIME

Querido Xavier: Hay una piscina de 30 cms. de diámetro. El pez tiene 10 cms. de largo. Cada dos minutos da tres vueltas lentas, voluptuosas. Se detiene luego frente a mí, moviendo la aleta dorsal, aunque tenga cola. Por las dos ventanas llega el parque, todo voces de niños. Es un parque escalonado, como un espectáculo que se viera desde el foro. Aquí los niños son niños. Los grandes se besan, a veces, cuando no están muy cansados. Yo esto solo y desnudo, con sólo una bata de seda cubriéndome. Ya no estoy espantablemente flaco. Peso 125 libras y media. Me peso todos los días en la estación del subway, Cr. Bwy. y 116 St. (Vivo en Morningside Av. No. 63.) En la ventana derecha hay una maceta que parece una lámpara. Tiene redondas llamas verdes. En la pared derecha están los tubos de la calefacción, dorados, que son como un órgano sin escalas, para repetir el mismo sonido eternamente. Arriba un grabado con la plaza de San Marcos veneciana mirándome con sus aguas lisas ahogarme en esta ciudad dura. Un día ella y Genaro Estrada y el Gobierno me salvarán. (Yo no podré matar nunca a ese pez, yo no soy tan malvado como el doctor González Martínez.) Luego está la chimenea, que ya no se usa. En la pantalla la fantasía de Mrs. Pritchard ha hecho florecer unas flores rojas, probablemente de trajo (no, fui a tocarlas y son duras y perennes). Contra el espejo está un reloj parado. Son ahí las 3 y dos minutos. A sus lados están centinelas negros dos floreros. Yo les torcería el cuello porque de la Alquimia nació la Química. En el marco de la chimenea yo sueño cosas teatrales. En sus azulejos no ganaré nunca a las damas. Luego el piano. No hay ni una sola pieza de Chopin en el repertorio. Sobre él una seda y un florero chino. Se le parecería la cúpula del Woolworth si se pusiera blanca y floreciera. Es la misma la forma. En la otra pared no hay nada más que una gran cortina que vela mi lecho. Ya te contaré de este pequeño dormitorio admirable. En la pared izquierda, de mi lecho a la calle están: una victrola para recordarme de Miss Hannah. Un librero (mis libros: Obras completas de Joseph Conrad; Obras completas de Lautréamont; Obras completas de Poe. Diccionario inglés español de Appleton; Gramática inglesa; Reglamento del Cuerpo Consular; Tratado de Teneduría de Libros. Los libros que Mrs. Pritchard quiere que lea: *Holy Bible*; *The Astor Lecture* (Murray) *Lessons in Truth* (Emile Cady) y 10 más que no he hojeado). Un grabado que representa a una mujer en la moda de 1910; un mueble para guardar piezas de música y discos de la victrola. La otra ventana. Dentro del litoral (que la otra ventana cierra, abierta) hay un sillón inmenso, con un hombre que te recuerda mucho encima. Frente a él una mesa de juego, que le sirve para escribir unas notas absurdas que harán un libro algún día. Una mesa a la izquierda, con una gran lámpara y revistas (El *New Yorker* es la mejor y más leída colección). Hay otra lámpara aún, de pie largo, y una mecedora. Ese hombre que te escribe es un impostor. No, no, lo era. Ahora está sudando. No puede explicarse. Brilla, negra, su seda. Comprende bien una frase que había hecho: llama negra. Quema su pipa un tabaco delicioso. Mañana tendrá que tratar con todos los marineros y todas las

gentes groseras del mundo. Les cobrará dos y tres dólares hasta completar 25 000.00. Cuando llegue aquí estará cansado de oír un inglés despedazado, hiriente, y le sonarán dulces las palabras de Mrs. Pritchard, y muy sabrosa su cocina. Es inglesa, su marido es inglés, su prima inglesa. Owen es el único huésped. Lo sienten, no hijo, pues no quieren envejecer de súbito. Algo menos odioso que hermano menor. Casi amigo. Les habla de cosas delgadas en un inglés puro y modesto, muy limitado. Lo quieren. No se morirá pronto. ¡Vaya! Vivirá para recordar a X.V., mucho.

GILBERTO

¿Por qué no me mandas aún tu libro, que ya ha leído la mujer que más amo, sin merecerlo como yo? (Me voy a casar con ella si ella quiere.) N. Y., agosto 3 de 1928. Todo Bien.

P.D.—Es para decirte que los negros comen sandía y tocan el órgano. Uno pasa, va a sentarse luego en una banca del parque, frente a mi ventana, y canta y canta. ¿Cómo llegó Covarrubias? ¿Quieres hablarle de mí para que cuando venga sea mi amigo? (Dicen que tiene muchos. El otro día me hice de uno citando su nombre. Un librero me preguntó si era amigo de C. y como le contesté afirmativamente, lo es mío. Me duele esta impostura. Ayúdame a lavármela, porque el librero es muy simpático.) G.O.

Gilberto Owen a Xavier Villaurrutia.—Nueva York City veintinueve de noviembre de mil novecientos veintinueve.—¿...y quién es XV? Yo no leo español y tengo derecho a preguntarlo.—No, pero le muestro, sobre su mesa, el retrato de T.S. Eliot y le explico que se te parece. Luego le hago sospechar quién soy yo, quién es J.R.J. y por qué después de todo prefiero a Valéry sobre T.S.E.—Bueno, en realidad es un francés, pero la naturaleza imita al arte y está, muy bien por cierto, en la Antología de Jolas, sólo que entonces se llamaba Paul Tanaquil. Tiene publicados dos libros de versos, más bien medianos, y otro viene, bueno. De éste los poemas que le envié a Bernardo. Y un libro de novelas, *Show Cases*, muy bien dispuesto, geométrico. Es profesor de literatura francesa en Columbia. Es alto empleado en Brentano's. Ha fundado un premio por cuenta de esa casa para el mejor libro francés de cada año. Él es único juez y traductor. Ha hecho versiones de Delteil, de Soupault, de otros que no cuentan. Es posible que aprenda un día español y nos traduzca y nos premie. Ahora traduce del francés a los españoles. *Ulises* le alzaría y él ayudaría en lo material, a *Ulises*.—Los americanos están vestidos de preguntas, y eso está bien. Su patria parecía capaz de una civilización indígena, pero yo te juro que son el Oeste más que ninguno. Europa como navío—de Alemania casi, de no más de Italia para acá—es la tradición viajera de Odiseo. Los Estados Unidos son nave también, sólo que no han levado anclas. Pero ya mero, nomás que acaben de consultar el vuelo de los pájaros. Y Manhattan sobre todo ya va saliendo de la bahía.—Es decir, hasta la última antología pudo hablarse de *The American Caravan*, en un desierto de oro. Ya la próxima se bautizará con un término de marinería. Se están haciendo católicos.—Tú lo sabes, al acostarte con la poesía de Blake—aunque fuera en París—y yo, que me acostaría, aquí, con la de la Dickinson.—Todo para decirte que no me siento moverme entre extranjeros, y que



JAIME TORRES BODET

por Maroto

estaría *Ulises* aquí en su patria, es decir, en todas partes menos en Ítaca, y con los bienes que se pueden llevar. Unos cuantos detalles exactos más: hay la pregunta de si sería mejor un *Ulises* igual a otro en formato, mensual —nueve meses cada año, pues con el verano no se cuenta— empezando el próximo octubre, o una revista que se publique cada estación, en formato aproximadamente como *Contemporáneos*, pero con el doble de páginas. Esto sería más práctico económicamente, pero acaso la extensión obligaría a concesiones eclécticas que no permitiría su nombre. Colaboraciones: aquí: Le Clerq, Munguía y, a veces, Maroto. Soy amigo después de una tarde llena de diferencias, de Gorham B. Munsom, que es el más inteligente de la promoción de treinta años. El podría asegurarnos la ayuda de los que estaban en *The Fugitive*, los únicos que pueden formar con nosotros (Malcolm Cowley, John Crowe Ransom, Hart Crane, Mathew Josephson, A. McLeish, etc.). De las gentes de *Transition* estoy seguro. De México, tú, Salvador, ¿ya nuestro Jorge? los Gorostizas, tú verás. Cuidado con descubrirme a tus pseudónimos. Te conozco, máscara. Y de los otros países hermanos y de la madre patria los que me has dicho y Espina, que sigue amigo mío, y Jarnés acaso. —Le escribí, inmediatamente, a Bernardo, en una carta que ni a mi padre le aguantaría yo. Y le escribí a Jaime diciéndole que me secundara, y estoy seguro de que lo hará. Ya Salvador me escribió. —Ya le mandé *Línea* a Alfonso Reyes. Sólo tiene 24 poemas, y eso contando como dos el autorretrato que ya conoces y, que por viejo, metí en el mismo libro. Recuerdo que en el ejemplar perdido había treinta, sin estos dos, o más. ¿Qué traducciones le has enviado a Reyes para su antología? Yo estoy traduciendo a los cuatro o cinco que no han publicado libro. ¿Ya conoces el nuevo libro de Durant? es muy inteligente. Mi paisaje sigue en marina; vivo en un bungalow en la playa, no sé si ya te lo dije, enteramente solo. Un amigo que iba a compartirlo se fue a México, y me he quedado frente a un problema más. No la soledad, económico. Bueno, ya esto está muy largo. Adiós. Un abrazo muy apretado de tu amigo.

G. OWEN

You don't mind my typewriting, do you?

COMO SE FUNDO Y QUE SIGNIFICA EL TEATRO DE ULISES

[Leído el día de la primera función pública del *Teatro de Ulises*]

Señores y señoras:

Hace algunos meses que en este mismo lugar dirigí unas cuantas palabras a un grupo de personas que, al venir aquí, abrigan la intención de presenciar obras modernas de teatro extranjero. Alucinado como ellas, yo había preparado una erudita conferencia, que iba de Víctor Hugo a Franz Werfel. Pero no pude pronunciarla. Lleno de impaciencia, Alfredo Gómez de la Vega me estaba picando las costillas. Apenas, si no recuerdo mal, pude señalar algunas lacras del teatro que estamos habituados a ver en México, citar la primera representación de la *Dama de las camelias* abominar de las candilejas y, antes de retirarme, predecir los que llamé teatros menores, que deberían tenderse como un puente para que el gusto del público pasase, del año en que se encuentra detenido, al siglo que nos ha visto

nacer. Jacobo Dalevuelta se ocupó de aquella palisada mía. Se comentó vagamente la idea y no se llegó a hacer nada práctico. Pero ya se había sembrado la prolífica semilla de la duda. Flotaba una pregunta en el aire. ¿Se pretende hacer teatro mexicano? La respuesta se presentaba en seguida. Hay muchas obras mexicanas inéditas. Desentendiéndose de tal vaporosa pregunta, o, mejor, de tan razonable respuesta, afirmaremos que no es el problema hacer teatro mexicano, sino teatro en términos generales. El hombre brillante y augusto a quien se le ocurrió confeccionar cigarrillos, no pensó primero en los cigarrillos egipcios allí donde le podían satisfacer los equivalentes de los Monarcas. Quiso fumar. De la misma manera, la gente quiere divertirse. Y antes que imponerle el cigarro de hoja, ¿por qué no advertirle de que puede comprar Melachrinos por el mismo precio? Resultará beneficiado el fumador y escarmentado, para bien de su producción, el fabricante de los cigarrillos desagradables.

Este grupo de *Ulises* —pasando a otro asunto— fue en su principio un grupo de personas ociosas. Nadie duda, hoy día, de la súbita utilidad del ocio. Había un pintor, Agustín Lazo, cuyas obras no le gustaban a nadie. Un estudiante de filosofía, Samuel Ramos, a quien no le gustaba el maestro Caso. Un prosista y poeta, Gilberto Owen, cuyas producciones eran una cosa rarísima, y un joven crítico que todo lo encontraba mal y que se llama Xavier Villaurrutia. En largas tardes, sin nada mexicano que leer, hablaban de libros extranjeros. Fue así como les vino la idea de publicar una pequeña revista de crítica y curiosidad. Luego, ya de noche, emprendían ese camino que todos hemos recorrido tantas veces y que va, por la calle de Bolívar desde el teatro Lírico por el Iris, mira melancólico hacia el Fábregas sigue hasta el Principal, no tiene alientos para llegar al Arbeu y, ya en su tranvía, pasa por el Ideal. Nada que ver. La diaria decepción de no encontrar una parte en qué divertirse. Así, les vino la idea de formar un pequeño teatro privado, de la misma manera que, a falta de un salón de conciertos o de un buen cabaret, todos nos llevamos un disco de vez en cuando para nuestra victrola.

El destino, que en todo está, hizo que se encontraran en su camino a la señora Antonieta Rivas. Ella, que una vez quiso estudiar linotipista, que ha viajado por todo el mundo, que nada y monta a caballo, que ha emprendido cursos de filosofía y de idiomas, ofreció en seguida su práctico y bien demostrado entusiasmo. Se empezó el trabajo. Unas cuantas semanas después, cincuenta personas podían asistir a la primera representación de lo que van ustedes a ver esta noche. Vinieron después *Ligados* y *Orfeo*, como en el programa de estas tres funciones, representados también en privado.

Como dije antes, y deseo insistir sobre ello, el primitivo grupo de ociosos que constituyeron la revista de *Ulises* primero y la intención del teatro después, no pensó jamás en llevar a la escena pública la intimidad de los juegos dramáticos que ocuparían sus frecuentes ocios. Yo he creído siempre que unas personas deben decir las cosas convenientes, pero que no deben hacerlas, por respeto propio, ya que alabar una cosa y hacerla después raboriza la dignidad, aparte de que hace correr el riesgo del comentario desfavorable a la bondad de lo que se pregunta del comentario desfavorable a la bondad de lo que se preguntó tan bien y se hizo tan mal. Esta consideración demuestra lo envidiable que es ser legislador. Lo natural hubiera sido la formación de numerosos núcleos de aficionados inteligentes y flexibles, de buen carácter, pacientes y estudiosos, que se sometieran



GILBERTO OWEN

por Maroto

sin reparo a la dura disciplina de un dictador tan sabio y entusiasta que supervisara desde la contracción de una mano hasta el ruido del telón al levantarse; desde el maquillaje de una frente hasta la menor pausa en el diálogo. Que dispusiera de tantas personas para las partes que no tuviera que realizar el milagro chino de torturar dentro de un papel a una persona que no había nacido para desempeñarlo tan sólo porque no había otra que lo hiciera. Muchos grupos de esta especie ideal, aunque no tuvieran relación mutua, y mejor si no la tenían, obrarían pronto el deseado milagro.

En lugar de lo cual hemos tenido que conformarnos con las diez, cuando mucho, personas del teatro de *Ulises*, que sin ambiciones ni miras profesionales han aceptado colaborar en comedias que forzosamente hubieron de tener una limitación de personajes y de posibilidades que es la del muy reducido grupo. Dentro de lo mejor, lo posible. No es, ni con mucho, lo que quisiera ofrecerse. De este O'Neill de quien damos *Welded* con cuánto gusto haríamos *Lazarus Laughed* o *Strange Interlude*, *Anna Christie* o *The Hairy Ape*!

Porque lo que tratamos de hacer es enterar al público mexicano de obras extranjeras que los empresarios locales no se atreven a llevar a sus teatros, porque comprenden que no sería un negocio para ellos. Este viaje de Ulises, que deja en su pequeña casa el afecto de sus amigos, pocos y leales, y se aventura en público por la primera vez, tiene toda esa significación. Quiere ver si es cierto que la gente no iría a ver O'Neill porque se halla contenta con Linares Rivas. Todos nosotros hemos renunciado a la pequeña vanidad de nuestros nombres literarios para vestir, por una noche, la máscara un tanto grotesca del actor, del que finge por dinero, y a costa de ello, interviniendo en terrenos que no son ni serán nunca los nuestros, queremos, advirtiéndolo desde un principio, hacer comprender que nuestro objeto es sólo que se conozcan las obras que hemos consentido en representar. Que ustedes olviden que somos Villaurrutia, la señora Rivas o yo esos que van a llamarse Orfeo, Miguel Cape, Eleonora. Como quien dice, hemos pasado al pizarrón a demostrar el binomio de Newton. Que el profesor, el empresario, nos deje luego volver a nuestros pupitres y seguir observando; si lo hemos convencido, que llame luego a los que viven de eso y que estos adelanten en el camino. Será si sucede nuestro mejor galardón.

SALVADOR NOVO

[*El Universal Ilustrado*, Año XII, No. 575, mayo 17 de 1928, p. 21 y 62]

¡VEINTE AÑOS DESPUES...!

Hace diecinueve años que yo tenía seis y no hacía aún literatura. Consecuentemente, según la lógica, no la haría hace veinte y tendría —¡dichosa maravilla!— uno menos. Pero sí conservo un recuerdo que se podría denominar literario y que consigno por ello. Se trata del entierro de don Juan de Dios Peza. Primer entierro a que yo haya asistido, desde una esquina, cuano no tenía aún la superstición de dar la espalda a las carrozas fúnebres, como hago hoy. No sé si fue suntuoso. Debe de haberlo sido, porque algunas personas se entristecieron. Yo emigré a Chihuahua y por mucho tiempo no volví a saber nada literario. Tampoco en Torreón. Mis versos eran como cualquiera otra de mis "mauvaises habitudes" privadas. Pero volví a

México. Ya tenía doce años. Iría a la Preparatoria. No había escuchado nunca danzones ni había probado cacahuates garapiñados, porque en Torreón los dulces usuales son las "rellenas de nuez". Ambas dulzuras me parecieron extremadas. Mis zapatos con suela de hule, los danzones y los cacahuates garapiñados he aquí mis primeros recuerdos capitalinos. A ellos se une otro públicamente literario. Cierta noche asistí al anfiteatro de la Preparatoria. Y entre los aplausos del público, conocí, de vista, a Carlos Pellicer *Cámara*. Subrayo la *Cámara* porque más tarde ha prescindido de ella como todos los demás poetas de doble apellido —o casi todos—. Carlos Pellicer fue abrazado por Manuel Ugarte. Carlos Pellicer tenía pelo y yo usaba pantalón corto. Ahora ninguno de los dos hace lo mismo.

Corrieron veloces los años. Dos más tarde, en 1919, conocía yo a Xavier Villaurrutia. A *short fellow*, con pantalones cortos. Le interesó saber que yo hiciera versos. Él ya cursaba literatura con —¿será necesario decirlo?— don Erasmo Castellanos Quinto. Y como vivía por el camino que yo hacía diariamente a la Preparatoria, pasaba yo por él en las tardes y nos íbamos conversando a clase. Él sabía una enorme cantidad de cosas que yo ignoraba. Tenía unas *Cuestiones estéticas* de Alfonso Reyes, dedicadas a algún pariente suyo que no debe de haber sido don Jesús Valenzuela, sin embargo. Me hizo leerlas y me habló de Antonio Castro Leal. Compraba Xavier siempre las ediciones de *Cultura*, y en sus ejemplares íbamos enterándonos del nombre de aquellos residuos del Ateneo de México, que preparaban por esas fechas el renacimiento de la cultura de tan decidida manera, que habían empezado por llamarle así a su editorial. Julio Torri, Manuel Toussaint, Agustín Loera y Chávez suscribían prólogos con el fervor que pone en enseñar el que acaba de aprender. Muy poco después llegaría Vasconcelos a congrega todas aquellas fuerzas y emergería la deslumbrante figura de Antonio Caso en su clase de Sociología. Con lo cual empezaron a serme familiares siquiera los nombres, todavía no las personas, que en 1910 —los veinte años— habían integrado un famoso Ateneo cuyas conferencias anticomtianas fueron muy importantes para la cultura, sí no de México, sí de sus miembros, y que dejaron como herencia un folleto que las contiene, de tiempo atrás agotado, y una inagotable memoria, "los días alciónicos", de Pedro Henríquez Ureña; los días en que "on lisait dans les ateliers", de Alfonso Reyes.

De suerte que para conocer por completo a los miembros del Ateneo sólo me faltaba tropezar con Vasconcelos, con Martín Luis Guzmán, con Carlos González Peña, con Eduardo Colín, Rafael López, Luis Castillo Ledón, Alejandro Quijano, y, sobre todo, con quien se decía haber sido el alma de aquella agrupación sabihonda: Pedro Henríquez Ureña.

Mientras tanto, don Ezequiel A. Chávez, que pugnaba por enseñarnos Psicología, me presentó a Jaime Torres Bodet, que acababa de ser nombrado secretario de la Preparatoria (1920) y de publicar su primer libro de poemas. A su nombre se unían en la revista *México Moderno* que era el de una editorial muy activa, pareja de *Cultura*, los de José Gorostiza Alcalá, Bernardo Ortiz de Montellano, y Enrique González Rojo. Este último era hijo del doctor Enrique González Martínez. Todos ellos, como el doctor, en quien el hecho podía justificarse en vista de su profesión, le habían torcido el cuello al cisne y estaban consecuentemente llenos de lagos, corazones, plenilunios, halagos, sinrazones, juniros. Si por un momento estuvieron a punto de adoptar la expresión de Nervo, la desaparición de este herma-



SALVADOR NOVO

por Maroto

no melancolía, verificada un año antes, derivó la atención de los jóvenes de entonces hacia el más perdurable, sonoro, filosófico, didáctico alejandrino del doctor González Martínez. Diose por entonces la literatura mexicana a buscar en todas las cosas un alma y un sentido oculto, a no fiarse de la apariencia vana, a husmear, seguir el rastro de la verdad "arcana" escudriñante el ojo y a visor el oído. Que sus propios autores, en la sinceridad de su alcoba, releen y enrojecen, de orgullo o de vergüenza.

Instalada la dinastía vasconceliana agitó nuestras frondas al fresco, muy fresco viento del hispanoamericanismo. El espíritu comenzó a dar jipíos por mi raza y nos llegaron dos emisarios de la poesía: Ricardo Arenales y Gabriela Mistral. La estimación en que se tuvo a aquél evidenciase en el hecho de habersele incluido en una *Antología de la poesía mexicana moderna*, que a su turno comentaremos. En cuanto a la poetisa de la Desolación, no ejerció menor influjo. El árbol hermano, el hijo tuyo y mío contenían una vehemencia no satisfecha distante de la serenidad reposada de González Martínez y que, por esnobismo, y por haberse realizado tan plenamente el intercambio, que nuestro poeta se fue a Chile y de Chile nos vino la poetisa, produjo determinadas canciones. Por un breve tiempo se opuso a esta continentalización de la poesía la voz pura, provincial, íntegramente mexicana de Ramón López Velarde, muerto en *Zozobra*, para nuestra desolación. Su séquito era poco numeroso. No contaba, como González Martínez, con discípulos ni continuadores. Acaso por ello su obra alcanza más netos y personales rasgos. Sólo Enrique Fernández Ledesma clama el proselitismo, sacude el polvo de las horas cada ocho días sobre los lectores y es solidario de vehementes sospechas expresivas. Hábitos ambos que debe de haber contraído cuando dirigía el "Museo de las Letras", en que acumuló tanto polvo.

Ya en 1922 estaba yo maduro para empleos. Podría dar clases, podría hacer traducciones. El cotejo del valor propio con el éxito ajeno, que engendra místicos, pone a trabajar a otras gentes, y en los países democráticos en que todo el mundo puede ser Presidente de la República es cuestión de poner en juego determinadas circunstancias el logro de cualquiera otra dignidad pública. De suerte que Julio Torri me presentó con Pedro Henríquez Ureña. En este punto empieza una parte importante de mis *Memorias*, que no podría desgranar en un breve artículo y que reservo a generaciones futuras. Al lado de Pedro Henríquez Ureña conocí a Daniel Cosío Villegas, a Eduardo Villaseñor, a Manuel Toussaint, a Salomón de la Selva. Pedro Henríquez Ureña, que había sido el alma del Ateneo de 1910, conservaba el hábito de cultivar y descubrir vocaciones literarias. En proporción menor, nos reuníamos por la noche en su casa y hablábamos mucho. Si gustaba de las cosas que escribíamos, no lo decía nunca; pero nos permitía escribirlas y les daba colocaciones estratégicas en todas las revistas del Continente. Como quien deposita una semilla para observar el resultado, proponía planes de libros o sujetaba otros a nuestra lectura y opinión. Nos alojaba el edificio de la Universidad y hacíamos un grupo coherente. En tanto, el edificio de la Secretaría de Educación alojaba a otro grupo, al grupo del cisne-del-cuello-torcido. El cual dio principio a la publicación de una revista que —; oh recuerdo imborrable del doctor González Martínez!— denominóse *La Falange*. Un número único de la revista *Vida Mexicana* fue la respuesta de nuestro grupo.

Por aquel tiempo se escuchó entre los salvajes la primera vic-

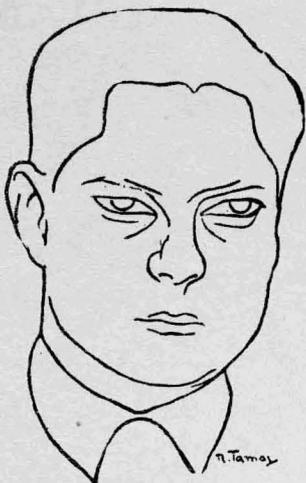
trola. Quiero decir que las personas que no sabían nada de lo que había ocurrido en Europa antes de la Guerra, en la Guerra, y después de ella, dieron en asombrarse de un fenómeno personal, a quien indistintamente se daba un nombre propio o el todavía más propio de estridentismo. Disco de segunda mano que las orquestas de provincia suelen seguir tocando y consideran muy nuevo.

Además, el colonialismo. El madrigal de Cetina y el Secreto de la Escala, que reveló indiscretamente Francisco Monterde García Icazbalceta, récord de apellidos, condujeron a los Vitrales de Capilla, de Manuel Horta. Pero Horta andaba con Guillermo Jiménez, que se entretenía en escuchar la Canción de la Lluvia (¿vendrá? ¿no vendrá?) y a quien una vez alcancé para que me pusiera su autógrafo en un ejemplar suyo. Le dediqué un poema inmediatamente. Las fiestas de la Consumación de nuestra Independencia condujeron la atención pública hacia los edificios coloniales y las actividades literarias hacia la fabla. Mariano Silva y Aceves aportó una arquilla de marfil. Jorge de Godoy desparramó algunas rosas virreinales, Julio Jiménez Rueda atormentó a Moisés y Ermilo Abreu Gómez se hizo tres nudos en el pañuelo con el *Corcovado*. En tanto, Genaro Estrada, que había publicado en 1916 la mejor antología de *Poetas nuevos de México* y que había traducido *La linterna sorda*, de Jules Renard, para *Cultura*, emitió un *Visionario de la Nueva España*, que, con las obras de don Artemio de Valle-Arizpe imprimía en España, completa el ciclo colonialista que el propio Estrada aquilataría y habría de juzgar químicamente en *Pero Galin*.

Con Pedro Henríquez Ureña trabajaba el Marqués de San Francisco. Yo no le llamaría escritor colonialista. Si en el caso de los demás del género se percibe diáfano el artificio, el Marqués es tan capaz de modernidad en sus escritos como irreductiblemente virreinal en lo que no escribe. Pero para captar el argüende de la Colonia yo no conozco receta más eficaz que ser amigo de don Artemio de Valle-Arizpe, privilegio que me concedieron la casualidad y la librería de Rafael Loera y Chávez, en que se imprimían por 1923 su *Gran Ciudad de México* y un libro mío.

Manuel Gómez Morín, hace con reproche en 1915 la justa indicación de que se omite siempre en la cuenta de la cultura de México el hablar de la librería de Robredo y Porrúa. Yo comparto su indignación. Porque en esos dulces rincones se congregan don Victoriano Salado Álvarez, don Federico Gamboa, don Luis González Obregón y toda la anónima, pero infinitamente matizada, masa de los que buscan libros y tienen cuenta corriente. Llega Carlos González Peña y abomina de Proust porque no pone punto y aparte. Manuel Toussaint se ríe de lo que está pensando mientras se apoya en su bastón, hacia atrás; Joaquín Ramírez Cabañas habla muy quedo, González Guerrero se va en seguida, y, cuando menos lo espera nadie, Julio Torri surge de un estante con algún libro que cuesta trescientos pesos. En los escaparates se colocan algunos volúmenes frescos. Se llaman *El feroz cabecilla*, *Los de abajo*, *El águila y la serpiente*. Pero los clientes de la casa no se detienen nunca en los escaparates.

No se detienen "desde que no persiguen las dichas pasajeras". Pero sigue habiendo quien las persiga denodadamente. Lo que ha ocurrido es que, como cuando el agua comienza a hervir y está apenas tibia, las burbujas salen del fondo, revientan a veces y a veces se adhieren indefinidamente a las paredes de la ca-



BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO

por Tamayo

cerola. Se vuelven políticos, se sacan la lotería, se van a las aduanas de Europa, se reciben de médicos y truecan la péñola por el bisturí, o se mueren, o nacieron muertos y lo que llevan escrito equivale a un doble registro de nacimiento y defunción. O se resignan a un ambiente local. Pocos son los que siguen en la brecha, y aun de esos pocos, ¿cuántos no lo hacen por mero espíritu de contradicción?

Xavier Villaurrutia y yo fundamos en 1927 la revista *Ulises*. Muerto *México Moderno*, atrofiada *La Falange*, nuestra revista continuará en la historia de la literatura mexicana la serie de intentos que inició en el siglo pasado don Jesús Valenzuela con la *Revista Moderna*. Ibanos a prescindir, en lo posible, de versos y de los nombres cotidianos. Y como Villaurrutia tiene mejor carácter y mayor perspicacia que yo, descubrí yo no sé cómo a dos jóvenes excesivamente delgados e inteligentes que responden, respectivamente, a los nombres de Gilberto Owen y Jorge Cuesta. El uno, poeta; el otro, crítico. Por "circunstancias que no es del caso referir", suspendimos en el sexto número la publicación de *Ulises*. Y se inició entonces, con todos ellos, una saludable —salubre— actividad, que produjo una antología firmada por Jorge Cuestas, que contiene poetas muy del agrado de sí mismos.

Los "wampas" de la literatura mexicana para el año presente son Celestino Gorostiza y Efrén Hernández. Al primero no lo descubrió nadie, sino que lleva en la sangre la afición de la tinta. Es hermano del mejor poeta joven de México: José Gorostiza. Si Carlos Pellicer fuera todavía mexicano, habría con él dos mejores poetas. Pero este joven, a quien en noche memorable abrazara Manuel Ugarte se ha convertido en el mejor poeta de Constantinopla y, por más que le mandan viáticos para que regrese, no hay quien lo desconstantinopolitanice. Efrén Hernández es mi ahijado. Ojalá que algún día tenga el derecho de renegar de su padrino. Mientras él lo hace, otros lo hacen por él, otros que carecen no sólo de padrino.

Con esto se cierran, apresuradamente, mis recuerdos de veinte años de literatura mexicana. No hago sino preparar con estos apuntes unas mis memorias que, en las faltas y olvidos, recibirán sin duda el auxilio de la magnífica que tienen los que aquí escapan a la mía. En un programa como éste, de cualquiera otra literatura, podría cometerse el error de incluir el teatro. Aquí, hélas, ni siquiera podemos cometer ese error.

[*Revista de Revistas*, Año XII, Núm. 1,000, 30 de junio de 1929, pp. 44 y 90.]

Querido Alfonso [Reyes]: Acariciando la fina piel de Chej Stols con los *Romances de Río de Enero* han pasado los días, y, también, en espera de buenas nuevas qué confidenciarle. Por ahora no fue posible reanudar la publicación de *Contemporáneos* pero no me olvidaré ni de darle las gracias por su inmediata —respuesta— aceptación al proyecto, ni de su ofrecimiento para cuando sea propicia la ocasión. Esperemos. Quizá sea mejor para cuando cierta madurez que ya apunta en la soledad de todos nosotros pueda rendir frutos y esfuerzos mejores. Cuando todos nos encontremos en ese punto del camino a donde se llega por todos los senderos. Por ahora preparo algunas cosas que quiero publicar —hace cinco años que no publico un libro— para desembarazarme de mis sombras. Preciosos de sus *Romances* aquellos que guardan, bien respirado, el aire puro

del romance. Leyéndolos se me ocurrió que alguien hiciera una buena y nueva antología de *Romances*. Quizá de romances nuevos sólo por hispano-americanos que lo han arrancado de la anécdota aligerándolo. A ver cómo suena nuestro idioma. En reciente número de *Revista de Revistas* —(usted debe tenerlo ya) contestamos la encuesta sobre la Biblioteca Mínima de América. Logré interesar a los colegas para que vieran en serio —es decir, con un poco de meditación,— en el problema. Yo vengo luchando constantemente con ellos porque ciertos problemas de México y América los veamos objetivamente por lo menos. No es justo ni espiritual que en México pueda hacerse con mayor facilidad y limpieza una encuesta sobre los 10 mejores libros franceses que sobre otros 10 americanos; aun cuando sé y siento que el problema es más difícil en el segundo caso en que hay que orientarse casi por instinto y juzgando como el médico para proponer una medicina. Sin embargo tenemos algo para señalar como principio. Me atraen estos problemas por lo que tienen de arriesgado y de navegación por mares poco conocidos. Siempre...

Después de una interrupción por trabajos forzados no sé ya qué iba a decirle en el párrafo anterior. No debe de haber sido interesante. Acabo de recibir el libro de Jenaro *Paso a nivel* muy unido y cada vez con más poesía. ¡Lo que es desembarazarse de las preocupaciones políticas y de los cargos agobiadores! Siempre recuerdo aquel Stevenson que pinta usted en su *Discurso por Virgilio* leyéndolo entre las barcas abandonadas de algún puerto.

¿Para qué buscar alivio
—no lo sé, yo no lo sé—
en la asfixia del cigarro
y el amargor del café?

El hombre no nació para trabajar en lo que no le gusta pero ahora, bajo el régimen burgués y quizá siempre, trabajar en la divagación del espíritu es no trabajar porque los miembros están quietos. ¡Cuántas cosas de las llamadas útiles, pero en verdad inútiles hacemos cada día! Y no vivimos, que reflejamos, nada más, la vida de los otros y somos más cosa social de lo que creemos. ¡Lástima que en el amor y en la muerte no haya otro remedio más que ser individuales! Y digo lástima porque por allí nos viene la infelicidad y el dolor de ser cosa social. ¡Si en el amor y la muerte fuéramos también un reflejo de los otros! Pero basta de admiraciones e interrogaciones y puntos suspensivos...

Lo abraza cordial

BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO

Agosto 18, 1933

19 de marzo de 1934

Sr. Dr. Bernardo J. Gastélum.
Mazatlán, Sin.

Muy querido doctor: En días pasados le envié a Ud. unos folletos deportivos sobre política. No pretenden corresponder a *El sino de la mujer*, que no cesa de deleitarme junto con el *Breve ensayo sobre la mentira*. Al contrario, no encuentro



JORGE CUESTA
por Villaurrutia

cómo excusarme por no haber escrito con anterioridad. Pero Ud. tiene un poco la culpa. Hay dos formas de la civilización que me son hostiles y reacias: escribir cartas y hablar por teléfono. Si oyera Spengler, diría que soy la persona más "fáusticamente" inculta que existe, ya que, para este autor alemán, la cultura fáustica o moderna se expresa en "la acción a distancia". Con esta salvaje propensión y con la promesa reiterada de Ud. de trasladarse a esta ciudad, fácilmente he estado cediendo a la justa razón, aunque no fáustica, de que más vale esperarlo a Ud. próximo que seguirlo considerando en Mazatlán. Pero como puede Ud. echarme en cara el sofisma, y ya por sofista paso demasiado, sobre todo desde que ataco al C. Secretario de Educación Pública con el argumento de que no es revolucionario, escribo a Ud. estas breves líneas.

Acaso le ha sorprendido a Ud. mi literaria incursión en la política. Ha obedecido al propósito de responder a ese criterio ya popular que se ha hecho sobre nuestro grupo, de que somos descastados y ajenos a "los problemas del momento". Temo que, en fin de cuentas, mi respuesta haya dado la razón a este criterio y que *mi política*, de acuerdo con la opinión de Xavier, sea tan literatura como mis sonetos, a los que, sin embargo, si ahora vuelvo a dedicarme, no los juzgará tan fácilmente "absenteístas" toda esta mayoría mexicana que, desde los Ministerios de Estado hasta las más bajas capas de "nuestra cultura", se empuña en que la filosofía, la ciencia, la literatura, las artes y hasta las buenas costumbres son "absenteístas", ya que no pueden vivir sin una relación universal, extraña a "nuestra idiosincrasia" y a "nuestros problemas del momento". Pues, como ya me dediqué a hablar de Bassols, que es "el problema de nuestro tiempo, por excelencia", acaso me encuentren menos traidor a la patria porque hable, después, de lo que no tiene que ver ni con la educación sexual ni con la enseñanza socialista.

Estoy sintiendo que se avecina un cambio violento de "las cosas"; pues la gente no se ríe, no se ríe ni de los opositores ni del Plan Sexenal; no se ríe ni de la educación sexual ni de las planillas electorales y ni siquiera de un Manifiesto de Vasconcelos en donde llama a la rebelión armada a fin de llegar al "gobierno de los filósofos". Yo creo que no se sabe lo que se ha perdido con la ida del Presidente Ortiz Rubio; con él, el pueblo estaba contento, hacía chistes. Ahora todo el mundo está más serio que un presagio...

Les tengo predisposición a las cartas, Doctor, porque me hacen hablar de "nuestros problemas" cuando deseo escribirle sobre los ensayos de Ud., y porque casi no me dan oportunidad de recordarme como su más afectuoso amigo.

JORGE CUESTA

México, 18 nov. 1935

Querido Xavier:

He leído con mucho interés su carta. Lo mismo ésta que fragmentos de otras cartas tuyas dirigidas a los amigos, revelan los estragos que está haciendo en usted la nostalgia. No se deje usted vencer. Es el más poderoso de los sentimientos y a la vez el más férvido, el que se manifiesta en las formas más equívocas. Tan pronto le hace creer a usted que está atacado de un mal cuya única curación consiste en vivir, si no en México, sí cuando menos a la altura de México —"aquí te vas a morir" le dice a uno— como apela a la hombría de bien, a la estima-

ción de uno mismo, al honor y la dignidad, tratando de convencernos de que el regreso es una necesidad moral. No conozco nada más semejante a las sirenas que la nostalgia. Todo lo canta al oído. Y en el fondo, por eso es fuerte, viene de lo más primitivo que hay en el hombre, tan primitivo que no creo que sea innato siquiera de la naturaleza animal. Lo propio del animal es desplazarse, así como lo propio de la planta es radicarse. Yo nunca he languidecido más, que cuando la nostalgia, en el extranjero, me ha hecho ver todo lo que hay todavía en la naturaleza humana, de la oscura conciencia de las plantas y del sueño profundo del mineral.

Necesita usted vencer eso Xavier, para que su viaje dé los frutos que esperamos todos de él. Si la Universidad no es un vehículo apropiado, allí está en cambio Nueva York, a dos o tres horas de distancia. En Nueva York tiene usted ochocientos mil obstáculos que pueden llamarse *Guild Theatre*, Elmer Rice o Eugenio O'Neill, Vanity Fair o en Washington Square Players, todos listos a oponerle una resistencia tenaz. Pero ahí está lo bueno. Obstáculos es lo que usted necesita. No he conocido a nadie como usted que se defina, no tanto por las cosas a que se opone, como por las que se le oponen. Tenga paciencia, que talento ya le sobra. Y si puedo darle un consejo, no a título de listo sino de quien pasó antes por la experiencia y *quizás sucumbió en ella*, hágase el ánimo de morir. La nostalgia nos amenaza, como tantas otras cosas en la vida, con la muerte, valiéndose de que siempre llegamos tarde a un entendimiento tranquilo de ella. ¡Si yo hubiera sabido hace diez años que la muerte no es otra cosa que el miedo que le tenemos!

Quisiera poderle hablar de mí, pero hace tiempo que sufro de una repugnancia tan honda por mí mismo, que ningún otro tema me es más desagradable. Espero salir pronto de esta crisis e instalarme de nuevo en la vida de una manera más firme, purgado ya de vanos orgullos y esperanzas estúpidas. Quizá no perseverare en el deseo de escribir. Ahora puedo decirme ya, sin angustia, que nunca fui un escritor ni un poeta. Acaso, y eso sí desmedidamente, no haya sido siempre más que un vanidoso. Pero le prometo que, andando el tiempo y si éste lo permite, seré un viejecito con quien se podrá conversar a gusto; porque si es verdad, como lo dicen muchos de mis amigos, que he fracasado, le aseguro a usted que *cundo menos no he fracasado en vano*.

En México continuamos viviendo al mismo ritmo monótono de antes, que nos hace olvidar que vivimos. Tal vez la única alteración reciente consiste en una casi diaria partida de carambola que jugamos Jorge, Sotomayor, Alfonso Sánchez y yo, y en la que hacen mucha falta aquellas maravillas de la inspiración y el éxtasis billarístico que ejecutaba usted en sus buenos momentos. Fuera de esto, el ambiente apenas si se ha conmovido un poco con la llegada del libro de Neruda, *Residencia en la Tierra*, y hace unos días con una comida a González Martínez en la que estuvo presente "toda la intelectualidad" y el vate Núñez y Domínguez. ¿Lo ve usted? No gran cosa. Y en fin, a mediados de la semana, se empezará a filmar *Vámonos con Pancho Villa*, pero ésta es la harina del costal de Celestino y él le dará a usted los detalles.

Conque no desmaye usted antes de tiempo, no por lo menos antes de que haya podido echarse a la bolsa una tajada de esa vida americana tan infantil, tan vana y, a veces, tan ridícula. Lo abraza con verdadero afecto

JOSE [GOROSTIZA]



XAVIER VILLAURRUTIA

por Maroto

7 de enero de 1936

Querido Xavier:

Le escribo estas cuantas líneas en medio de la vana agitación de otro principio de año, para deseárselo feliz, lo mismo que al gran Rodolfo. Recibí una tarjeta de Christmas, suscrita por ambos, que les agradezco mucho.

Tengo a la vista su última carta y no obstante que, en apariencia, debería alegrarme la circunstancia de haber contribuido a que usted se explicara uno de los misterios —la nostalgia— que más nos acercan a la muerte, la verdad es que no puedo soportar, por otra parte, tanta culpa como la que arroja usted sobre mí de haber asesinado en la cuna a sus poemas gemelos. ¿No sería posible rescatarlos aún? Me temo que sí. Usted es capaz de todo —especialista en excursiones al infierno, como Ulises, su diablo patrono. Entretanto, mientras yo, tontamente, pretendí obsequiarle un buen trozo de mi experiencia, usted me dio una espléndida lección de poesía. Tiene usted razón: La poesía medra en esas zonas oscuras del alma. Ascende siempre hacia la sombra, como las plantas hacia la luz. ¡Me imagino a sus dos bellos poemas envenenados con la claridad que usted mismo, si a instancias mías, debió servirles en una frase cruel y desnuda como un número! Tiene usted razón, esa insistencia mía en echar luz sobre los movimientos confusos que nos vienen del dios y de la piedra y de la planta que somos aún, ese amor necio por lo meridiano que yo aprendí parte en Monsieur Teste y parte en Jorge Cuesta —¡Jorge Cuesta, meridiano, válgame Dios!—, sí, eso es lo que ha matado en mí a la poesía, no le quepa a usted duda.

Gracias, pues, Xavier, por haberme denunciado al *poem-killer* que, sin darme cuenta, se lo juro, he venido siendo solamente hasta hoy. Desde hoy y ya que el nuevo año favorece los propósitos nuevos, me propongo sumergirme, un poco cada día, en mis abismos de sombra. ¡Allí sí que se puede poseer a la poesía! En la ausencia, en el sueño, en el coito —las tres antecámaras de la muerte— allí, con los ojos cerrados (“para alumbrar la ruta a la caricia”) el pensamiento, las sensaciones, la vida entera, se refractan hacia los horizontes perpendiculares de la poesía —¿recuerda, ésos que tanto preocupan a Supervielle?— sólo que, repito, *ha de ser a oscuras*, como suelen decirle a uno las mujeres. Si enciende usted la luz, se encontrará, como siempre, con un monstruo.

Hasta muy pronto que le escribiré una carta llena de noticias.

Lo saluda cariñosamente

JOSE

LA POESIA ACTUAL DE MEXICO

POR JOSE GOROSTIZA

[Fragmento de una nota crítica sobre *Cripta* de Torres Bodet]

Esta tímida confrontación del hombre con su drama puede estimarse a primera vista como una inconformidad de Torres Bodet respecto de los cánones de su generación, o mejor dicho, de su grupo —ése que a falta de un nombre que lo defina, ha sido designado con una certera inexactitud como “grupo sin grupo”, “de vanguardia” y “de contemporáneos”—, ya que en todo él se advierte una repugnancia ostensible por la introducción de elementos dramáticos en la poesía.

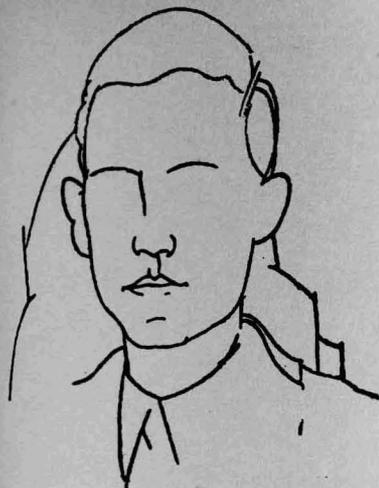
El grupo no tiene ni ha tenido nunca una existencia real. Formado en sus orígenes por una selección arbitraria de la crítica (reléase el ensayo de Xavier Villaurrutia, titulado *La poesía de los jóvenes*), que sinceramente reconocía la imposibilidad de reducir a un denominador común concepciones tan diversas, sino tan contradictorias, de la poesía se convirtió más tarde en un todo homogéneo, *no en sí ni por sí*, sino en la imaginación de gente inadvertida que prestaba a todos los componentes del grupo, por pura pereza mental, las ideas de uno solo de ellos, o bien, dentro del grupo mismo, en el orgullo de temperamentos solitarios que temían —aun deseándolo— que todos los demás no fuesen sus prosélitos.

El grupo ha tenido solamente —insisto— una existencia virtual, no exenta, sin embargo, como toda creación mítica, de producir efectos importantes en el mundo de los hechos. Si se le considera como una suma de individualidades irreductibles —y así lo estudiaron siempre sus teorizantes, inclusive el mismo Torres Bodet— el crítico más exigente no puede menos de reconocer que se encuentra frente a una poesía rica, múltiple en sus tonos, contenida, feliz en la expresión, preciosa de forma; la poesía más valiosa en fin que ha habido en México desde el modernismo; pero si se le considera como un conjunto orgánico, no creo que sea posible encontrar en ese “grupo de soledades” que dijera Torres Bodet, otra característica común que el solo rigor crítico con que se consagró a la poesía, no tomándola como una simple embriaguez verbal, sino como un ejercicio que implica rigurosas disciplinas intelectuales. ¿Y qué es esta actitud en nuestras letras sino una continuación natural de la iniciada por González Martínez, cuando opuso al cisne heráldico del modernismo —“Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje”— su poesía de meditación y de reposo?

Pero rigor crítico, a secas, no significa mucho. Hasta se podría creer que sólo se trata en el fondo de una simple retórica. No, este rigor hay que entenderlo como una cosa viva, cambiante, pues la tragedia del grupo y, aun de la generación toda de —digamos— 1921, se cifra en él. Hay que ver cómo, nacido de una repugnancia no tanto por la suntuosa vacuidad modernista como por las orgías sentimentales del romanticismo, este rigor evoluciona hacia un ideal de forma —el de mantener puros los géneros dentro de sus propios límites —que empieza por eliminar de la poesía sólo los elementos patéticos, pero que acaba, cada vez más ambicioso, por eliminar todo lo vivo. Así, una clara tendencia hacia lo clásico, se convierte por asfixia en un horror a la vida, en un *testismo* —J'ai raturé le vif— que ha hecho aparecer a toda nuestra generación y no solamente al “grupo sin grupo” como “una generación sin drama”.

Como consecuencia de tal exceso de criticismo, en la poesía del grupo —siempre de una manera general— se advierte un profundo enrarecimiento de la forma poética; un prodigioso equilibrio que le permite *no caer*, pero que no le permite *andar*; un estrangulamiento, en suma, que la constriñe a sustentarse casi exclusivamente a expensas de la imagen. El contacto con lo vivo, así sea tan incipiente como en la poesía de *Cripta*, llega a considerarse entre nosotros* como impudor, como falta

* En beneficio de algunos de mis “contemporáneos” que pudieran confundir la mezquina empresa de triunfar sobre mí con la más ardua de triunfar de sí mismos, debo aclarar que uso estos plurales por pura comodidad y no porque pretenda regalarme con una categoría de escritor que no tengo.



JOSÉ GOROSTIZA
por Maroto

de honestidad, gracias a una curiosa repercusión moral de las ideas estéticas, por cuya virtud, en vez de justificarse por la sola belleza, esta poesía de asfixia busca su justificación en el pudor.

Pero aun esta característica general, única que ofrece la poesía del "grupo sin grupo" considerada en conjunto —no como diversidad, sino como armonía— no puede ser aplicada a cada uno de los poetas aislados por ningún crítico responsable, sin antes comprobar sobre los textos, los modos, temperamentos, intensidades, y aun los fracasos particulares de esta inhibición que he llamado "horror de la vida", pues resulta imposible olvidar, por ejemplo, que Pellicer ha escrito poemas de indecible ternura o que todo *Nuevo amor* de Novo es un solo desgarrador lamento.

Así, la inconformidad de Torres Bodet respecto de lo que sólo en teoría puede aceptarse como el sentir de una colectividad, puede inclusive no ser tal para el lector cuidadoso que conociendo la obra anterior de Torres Bodet, sabe cuánto hay en *Cripta* de lealtad para consigo mismo y cómo esta lealtad, practicada por todos al unísono, ha conducido necesariamente a concepciones distintas, acaso opuestas de todos los valores.

Hay otro aspecto en que la actitud de Torres Bodet confirma la falta de unidad del grupo: su concepción de la poesía, en lo formal, como un desarrollo, como un crecimiento. También en este aspecto, espíritus banales o enemigos, prestan gratuitamente a todo el grupo la concepción opuesta, es decir, la de una forma poética paralítica, que no se desplaza, que no crece, sino que está allí inmóvil, distribuida en el espacio del poema de acuerdo con una idea puramente plástica de la composición. Una poesía —que si no fuese un simple temor a la poesía, es decir, a lo que ésta tiene de obscuridad y de vértigo, bien pudiera considerarse como la antipoesía—, muerta de una gran muerte, de una muerte organizada con magnificencia dentro de los límites de un bello marco, como el retrato aquél a quien el poeta conmina:

*No respire, no.
De tal modo el aire
te quiere inundar,
que envejecerías,
¡ay!, con respirar.*

(Xavier Villaurrutia, *Reflejos*. "Cuadro.")

Noción ésta de la poesía, interesantísima, que se impone a la consideración por cuanto tiene de hondamente intelectual y por cuanto realiza, como belleza, en el espacio increíble en que se equilibra; pero que no puede señalarse como canónica del grupo, pues sólo hasta cierto punto —casi por azar— se encuentra en Pellicer, Torres Bodet, Novo, Montellano y González Rojo. Indudablemente se trata de una manera personal de Xavier Villaurrutia, el poeta más intelectual del grupo— y quizás también uno de los más inteligentes— pero que por razón de su mayor sensibilidad a los riesgos de la poesía y de su menor decisión para correrlos, piensa en ella como en una mera preservación. De ahí ese extraño sabor a "naturaleza muerta" que hace tan singular, pero también tan admirable la obra de este poeta.

Los demás, casi todos nacidos a la sombra de la cultura francesa contemporánea (1918-1925), no pudieron menos de sentir los efectos de la actitud, más horrorizada que sigilosa, que adoptó el pensamiento literario de la post-guerra; pero en ella

predomina otra noción de la poesía, según la cual ésta es en lo formal un puro canto, es decir, un puro movimiento de la voz, que sólo puede concebirse *desde* y *hacia*, pero nunca *en*. Las cualidades que se pueden enunciar de una voz humana —dice Paul Valéry— son las mismas que se deben estudiar y *dar* en la *poesía*. Un solo grito ahogado no es la voz, sino, justamente, lo que la hace imposible: su sofocación.

Muchas veces he pensado que, tal vez, las artes todas no sean sino los instrumentos de que se vale el hombre para materializar nociones que ni siquiera podría aprehender de otro modo. Así, las artes plásticas, perennes, a las que imagino como crecimientos del tacto, obedecerían a la necesidad de mantener viva —en el cuadro, en la estatua, en el jarrón— nuestra sensación del espacio. Las demás artes, efímeras, como el canto, la música y la poesía, nos servirían para captar una sensación infinitamente más fugitiva: la del tiempo. Thomas Mann afirma que el placer de la música está en su capacidad de someter el tiempo a medida —no a una medida física, desde luego— para hacerlo transcurrir materialmente en la emoción. A estas artes me las imagino nacidas de los pies del hombre, como un crecimiento de su facultad de andar. Pero andar es morir. La diferencia entre unas y otras artes está, válgame la paradoja, en que el hombre vive en la muerte de una estatua, mientras muere en la vida de un poema. Esto explica, además, por qué entre los poetas del "grupo sin grupo" existen, en perfecta contraposición, ambas concepciones de la poesía. Hay en todas partes quien no quiere envejecer ni se resigna a morir.

[*El Nacional*, Suplemento de... 2a. Época, Núm. 321, 27 de junio de 1937, p. 2.]

CARTA A UN JOVEN* [1934]

Estimado amigo:

No me gusta el tono de su carta. El uso de expresiones rebuscadas —que sólo se emplean para dirigirse a los tiranos— me molestó al grado de que estuvo usted a punto de quedarse sin respuesta. He acabado por ver en ello la muestra de su ingenuidad y esto le ha salvado a usted. Pero piense, en todo caso, que una mayor sencillez le habría asegurado más pronta y mejor confianza.

Me confía sus dudas, sus temores acerca de la actividad literaria que ha empezado usted a emprender. Me interroga acerca de los caminos que debe seguir en un momento en que yo creo advertir una de esas crisis de adolescencia o de primera juventud que serán cada vez más frecuentes y siempre menos peligrosas de lo que usted pudiera pensar. Si sus dudas fueran más claras, si sus temores estuvieran más abiertamente dibujados, si sus interrogaciones fueran más precisas, yo correspondería en la misma moneda, con afirmaciones claras, con signos de confianza más delineados y con respuestas más precisas. Pero la claridad de una respuesta y también su eficacia depende de la claridad de la pregunta. Por eso mi carta tendrá, sin duda, el aspecto de esas respuestas que damos a preguntas que no hemos entendido bien o que hemos oído pensando más acá o más allá de donde debiéramos.

El grupo en el que usted me cuenta y en el que yo mismo me incluyo se formó casi involuntariamente por afinidades se-

* Edmundo Valadés

cretas y por diferencias más que por semejanzas. "Grupo sin grupo" le llamé la primera vez que comprendí que nuestras complicaciones privadas, nuestras desemejanzas cortesés, nuestras intenciones, diversas en el recorrido pero unidas en el objeto de nuestra ambición, tenían que trascender al público, como sucedió en efecto. "Grupo de soledades" se le ha llamado después, pensando en lo mismo. Un grupo que no lo es. Unas soledades que se juntan. Medite usted en el significado de estas denominaciones hechas sin programa alguno de política literaria y como a pesar nuestro. ¿Qué es lo que ata a estas soledades? ¿Qué es lo que agrupa un momento a unos cuantos seres para separarlos en seguida? Desde luego la semejanza de nuestras edades, de nuestros gustos más generales, de nuestra cultura preservada en momentos en que nadie cree necesitarla para nutrir sus íntimas vetas. Además, nuestro deseo tácito de no hacer trampas, de apresurarnos lentamente, de no caer en el éxito fácil, de no cambiar nuestra personal inquietud por un plato de comodidades, de falsa autoridad, de auténtica fortuna: Ahora se preguntará usted ¿qué es lo que desata a estas soledades juntas y disuelve a este grupo? Nada más sencillo que hallar una respuesta: la personalidad de cada uno. El vecino respeta la mía y yo la del vecino. La libertad es entonces, aunque pueda parecer mentira, el lazo que, al mismo tiempo, nos une y nos separa. Pero esta libertad es lo único que nos ayuda a respirar abiertamente en un clima en el que juntos estamos satisfechos, tanto como si estuviéramos separados. En nada se parece un poema de Gorostiza a otro de Gilberto Owen. En nada una página de Cuesta a una página mía. Y, no obstante, un lazo imperceptible (ese lazo imperceptible que usted ha advertido) las une. Sin quererlo, sin pretenderlo, pero sin rechazarlo ni negarlo, se ha formado, más en la mente de los escritores que nos preceden o nos siguen que en la realidad misma, un grupo, una generación. El hecho de que se nos considere unidos nos viene, pues, de fuera. Ni un programa, ni un manifiesto que provoquen esta idea hemos formulado. Pero, puesto que la idea existe, la aceptamos y seguimos juntando nuestras soledades en revistas, en teatros, en obras, y hasta en lo que usted llama nuestra influencia.

Y puesto que me habla de nuestra influencia, le diré que yo también la advierto en muchos espíritus jóvenes y, como usted dice, en algunos maduros o que lo parecían. En usted mismo, en la actitud que revela al escribirme, está presente. Hay en su carta, por debajo de la exagerada modestia con que está redactada, un deseo de aclarar un problema hasta el fin, una avidez de conocerse, un deseo de buscar los caminos de la salvación de su espíritu por medio de la actitud crítica, en que reconozco nuestra descendencia. Porque eso, la actitud crítica es lo que aparta a nuestro grupo de los grupos vecinos. Esta actitud preside, como una diosa invisible, nuestras obras, nuestras acciones, nuestras conversaciones y, por si esto fuera poco, nuestros silencios. Esta actitud es la que ha hecho posible que la poesía de nuestro país sea una antes de nosotros y otra ahora, con nosotros. Más interior, más consciente, más difícil ahora, porque se opone a la superficial de los modernistas, a la involuntaria de los románticos, a la fácil de los cancionistas. Y no sólo la poesía... Pero ya habrá usted pensado que yo no res-

pondo al menos directamente, a sus particulares e imprecisas cuestiones. Y, sin embargo, creo que para contestarle no tengo otro recurso que este de rodear los temas que a usted parecen desvelarle. La crítica y la curiosidad han sido nuestros dióscuros; al menos, han sido los míos. Bajo la constelación de estos hijos gemelos de Leda transcurre la vida de mi espíritu. Ya *Ulises*, la revista que dirigimos Salvador Novo y yo, lo revelaba públicamente: "Revista de curiosidad y crítica". La curiosidad abre ventanas, establece corrientes de aire, hace volver los ojos hacia perspectivas indefinidas, invita al descubrimiento y a la conquista de increíbles Floridas. La crítica pone orden en el caos, limita, dibuja, precisa, aclara la sed y, si no la sacia, enseña a vivir con ella en el alma. Si usted piensa, por curiosidad y con crítica, en los epígrafes que aparecen al frente de cada número de nuestra revista, hallará la única doctrina de ésta y la de los jóvenes que navegamos en ella, a la deriva, encontrando pasos de mar en el mar que es de todos, perdiéndonos para volver a encontrarnos. "Es necesario perderse para volver a encontrarse", dice Fénelon. Y, pensando en la salvación del alma, San Juan escribe: "De cierto que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios." ¿Tendré que citar de memoria la frase de San Mateo que aprendí en André Gide acerca de la salvación de la vida? "Aquel que quiera salvarla, la perderá —dice el evangelista—, y sólo el que la pierda la hará verdaderamente viva." Releyendo una página de Chesterton, encuentro algo que es, en esencia, idéntico pero que se acomoda mejor a la crisis del espíritu en que usted parece hallarse: "En las horas críticas, sólo salvará su cabeza el que la haya perdido." ¿Ha perdido usted la suya? Mi enhorabuena. Piérdala en los libros y en los autores, en los mares de la reflexión y de la duda, en la pasión del conocimiento, en la fiebre del deseo y en la prueba de fuego de las influencias, que, si su cabeza merece salvarse, saldrá de esos mares, buzo de sí misma, verdaderamente viva.

Otros seres hay que esperan salvarse cerrando los ojos, procurando ignorar todo lo que puede —según ellos— dañarlos. Se diría que no salen a la calle para no mojarse o para no mojar el paraguas de su alma. Vírgenes prudentes, maduran antes de crecer y, a menudo, no crecen. Temen las influencias y ese mismo temor los lleva a caer en las más enrarecidas, en las únicas que no son alimento del espíritu. Odian la curiosidad, la universalidad, la aventura, el viaje del espíritu. Echan raíces antes de tener troncos y ramas que sostener. Hablan de la riqueza de su suelo y de su patrimonio, que pretenden salvar conservándolos... Entre ellos no podrá usted contarnos. Y si alguno de los artistas que forman, involuntariamente, nuestro grupo de soledades ha sentido la necesidad momentánea de abogar, ante los espíritus más jóvenes, por la prudencia y la inmovilidad, oponiéndolas a la curiosidad y al viaje del espíritu, es porque la libertad entre nosotros es tan grande que no excluye las traiciones y porque en estas traiciones se pierde la cabeza que sólo así habrá de salvarse.

Creo haber satisfecho su deseo. Me perdonará la forma indirecta y velada de hacerlo, pensando en que sus preguntas no eran menos indirectas y veladas.

Créame su atento amigo.

XAVIER VILLARRUTIA